

las hubiese proferido: se llamaba cristiano, y, más consecuente que Leibnitz, practicaba el cristianismo reformado, en el seno del cual había nacido. Rousseau trataba de construir, de edificar, no de destruir. Esto sólo indica que esos dos grandes genios eran de naturaleza diferente, y por eso se amaron tampoco.

Vinet niega á Voltaire el verdadero sentimiento religioso, aun cuando elogia la resolución con que *protegió* á Dios contra sus amigos, los materialistas; pero carecía por completo de esa intimidad, de ese recogimiento, de esa melancolía, carácter de las almas religiosas que se ocupan incesantemente de descifrar su propio enigma y el del intérprete que se le explique. La incredulidad que reinaba en el siglo XVIII distaba mucho de satisfacer á todas las inteligencias; los que habían abandonado el cristianismo porque ya no podían creer sentían un vacío que el Dios de Voltaire no llenaba. En el teísmo no había nada para el alma, para el individuo; todo se refería á la Sociedad: era, por decirlo así, una ley religiosa con penas y recompensas. Pero ¿qué significaba esa ley para aquel que ni pedía recompensa ni sentía penas? Rousseau es el representante de todos cuantos experimentaban la necesidad de creer, y de ahí su gran poder, (1).

Vinet añade que Rousseau más bien defraudó que satisfizo la necesidad religiosa con su deísmo afectuoso y sentimental. Verdad que es un cristiano ortodoxo no puede hablar de otro modo, y el pastor de Ginebra es un calvinista que espera la salvación de la humanidad de un retorno á las creencias positivas de su maestro. En ese concepto, el deísmo de Rousseau le parece tan deficiente como el de Voltaire. En realidad, hay poca diferencia entre la religión de los dos adversarios, si nos atenemos á los dogmas. Rousseau indaga, como Voltaire, las creencias que son comunes á todos los pueblos, para descubrir de ese modo la ley que la naturaleza ha dictado á los hombres: "Veamos por de pronto, dice, si hay alguna afinidad natural entre todos nosotros, y si somos algo los unos para los otros. ¿Qué pensáis del origen del género humano, vosotros los Judíos? Pensamos que ha salido de un mismo padre. ¿Y vosotros, cristia-

(1) VINET, *Histoire de la littérature française au dix-huitième siècle*, t. II, p. 185.

nos? Acerca de esto pensamos como los Judíos. ¿Y vosotros, Turcos? Pensamos como los Judíos y los cristianos. Esto es ya muy bueno: puesto que los hombres todos son hermanos, deben amarse como tales... Decidnos ahora: ¿de quién ha recibido el ser nuestro padre común, porque él no se habrá hecho á sí solo? Del Creador del cielo y de la tierra. Judíos, cristianos y Turcos están también de acuerdo sobre esto, y este es también un punto muy importante. Por último, ese hombre, obra del Creador, está compuesto de dos sustancias, de las cuales la una es mortal y la otra no puede morir, (1).

Un Dios creador, fraternidad, caridad é inmortalidad del alma: hé aquí las creencias esenciales de todas las religiones, y tales son los dogmas de la religión natural de Rousseau. También son esos los artículos de fe del teísmo de Voltaire. Hay sin embargo una diferencia que es considerable: Voltaire no afirma de una manera tan positiva la inmortalidad del alma; si algo le lleva á la idea de una persistencia del individuo, es sólo la consideración de la justicia divina. Rousseau admite también la justicia de Dios, pero lo que ante todo le preocupa es la individualidad humana y su existencia inmortal. Ese fundamento es mucho más seguro para la religión que el de Voltaire. Por eso Rousseau tiene el acento y la unción de un hombre que siente vivamente la necesidad de creer: su religión va en su corazón. Voltaire persuade, pero no mueve; nos deja fríos, como quedamos al oír un razonamiento matemático. Hé ahí por qué Rousseau es más simpático que Voltaire á las almas religiosas, las cuales ven en él uno de los suyos, por más disidentes que puedan estar en punto á positivas creencias. Eso es lo que Vinet llama la *religiosidad* de Rousseau; pero no dice *religión*; un cristiano no puede admitir que fuera del cristianismo ortodoxo haya verdadera religión. Sin embargo de esas reservas, Rousseau será uno de los apóstoles de la religión que triunfará un día del cristianismo tradicional; y ¿por qué no decirlo? que triunfa ya actualmente; se la llamará aún cristianismo si se quiere, pero será cristianismo transformado por la filosofía, bajo la influencia de los sentimientos y de las ideas nuevas que se han desarrollado en el seno de la humanidad.

(1) *Lettre à M. de Beaumont.*

II

Hemos dicho que la religión de Rousseau no es ya el cristianismo. Voltaire aprobó la *Profesión de fe del presbítero saboyano*, lo cual quiere decir que no era cristiana más que en el nombre, si se considera el cristianismo como le formulan la Iglesia católica ó las confesiones protestantes. Rousseau dice que "el cristianismo no es más que la religión natural mejor explicada, (1). Separa de él todo elemento misterioso y no cree que Jesucristo hiciera milagros. "El Cristo, dice, declaró muy positivamente que no los haría, y demostró un grandísimo desprecio á los que se los pedían, (2). Esto basta para derribar el cristianismo histórico, puesto que los milagros son el único fundamento de la divinidad de Jesucristo, dado que las profecías mismas son una especie de milagros; y si Jesucristo no los ha hecho, el cristianismo se viene á tierra, lo mismo el de los reformados que el de los católicos. En efecto, ¿qué viene á ser la autoridad de la Sagrada Escritura si no son más que una ilusión de la fe los milagros que en ella se refieren? Rousseau dice que no cree en tales milagros, porque Jesucristo declaró que no los haría; pero el mismo evangelista que refiere esas palabras cuenta á cada página los milagros hechos por Cristo. Si Rousseau se niega á creer en los milagros, es por otra razón más que él desenvuelve largamente en la *Profesión de fe del presbítero saboyano* y nos autoriza para indicarla: Rousseau rechaza la idea misma del milagro, como lo habían hecho Hume y Espinosa. Y como la revelación cristiana es un milagro permanente, resulta que Rousseau no es un cristiano ortodoxo, y por eso le han rechazado todas las Iglesias oficiales.

Con la revelación caen todos los dogmas que caracterizan al cristianismo histórico. Rousseau gusta tan poco de los misterios como Voltaire de la teología: "Yo sirvo á Dios, dice el *presbítero saboyano*, con toda la sencillez de mi corazón, y no procuro saber lo que no importa para mi conducta. En cuanto á los dogmas que no influyen ni en las acciones ni en la moral, y de los que tanto se preocupan muchas gentes, no me cuido nada absolu-

tamente (1). Es del todo indiferente para la gloria de Dios el que ésta nos sea conocida en todas las cosas y de todas suertes; pero importa mucho á la sociedad humana y á cada uno de sus miembros el que todo hombre conozca y cumpla los deberes que para con su prójimo y para consigo mismo le impone la ley de Dios.", Rousseau es casi tan mordaz como Voltaire cuando habla de los dogmas tan apreciados por los cristianos: "Que una virgen sea la madre de su Creador; que ella haya parido á Dios ó solamente á un hombre al cual se ha unido Dios; que la sustancia del Padre y del Hijo sea la misma ó sólo sea semejante; que el Espíritu Santo proceda de uno de los dos que son el mismo ó de entrambos juntamente, yo no encuentro que la decisión de esas cuestiones, en apariencia esenciales, importe más á la especie humana que el saber en qué día de la luna se debe celebrar la Pascua; si es preciso rezar el Rosario, ayunar, comer de viernes, hablar latín ó francés en la iglesia, llenar las paredes de imágenes, decir ú oír misa. Sobre todo esto, que cada uno piense como se le antoje, porque yo no sé en qué puede eso interesar á los demás; en cuanto á mí, declaro que no me importa nada, (2).

Rousseau nació dentro de la Iglesia reformada, y los protestantes habían rechazado muchas creencias esenciales para los católicos, pero mantuvieron los dogmas que consideraban como fundamentales; y para que no hubiese duda alguna sobre este punto, formularon aquellos dogmas en sus profesiones de fe. Y ¿qué opina Rousseau de esas fórmulas? "Declaro, dice, que todas las fórmulas en materias de fe se me figuran otras tantas cadenas de iniquidad, de falsedad, de hipocresía y de tiranía, (3). Si Rousseau hubiese vivido en tiempo de Calvino, hubiera pagado bien caro el desprecio á los artículos de fe. Acerca de ese punto vuelve á insistir en su *Carta á Mr. de Beaumont*, y esta vez su opinión debía causar más escándalo á los católicos: "Cuando se olvidan, dice, los deberes del hombre para no ocuparse más que de las opiniones de los sacerdotes y de sus frívolas disputas, no se procura saber de un cristiano si teme á Dios, sino si es ortodoxo; se le hacen firmar formularios acerca de las cuestiones más inútiles y muchas ve-

(1) *Émile*, lib. IV.

(2) *Émile*, lib. V.

(3) *Lettre du 15 janvier 1769 á M...*

(1) *Lettre de 1763 á PETIT PIERRE, procureur à Neuchâtel.*

(2) *Lettre du 15 janvier 1769 á M...*

ces las más ininteligibles; y una vez que ha firmado, todo va bien: ya no se procura saber más; con tal que no tome el camino de la horca, en lo demás puede vivir como se le antoje; sus costumbres es lo que menos importa, con tal que en la doctrina sea intachable. Cuando la religión se coloca en este caso, ¿qué beneficio hace á la sociedad? ¿qué bien produce á los hombres? No sirve más que para producir entre ellos discordias, desórdenes y guerras de toda especie, para que se degüellen mutuamente por logogrifos. Más valdría para eso no tener religión que el tener una tan mal entendida. Impidamos que degeneren, si es posible, hasta ese punto, y estemos seguros que á pesar de las hogueras y de los tormentos, habremos merecido bien de la humanidad,, (1).

Eso no obstante, en la misma *Carta al arzobispo de París* afirma Rousseau que es cristiano, sinceramente cristiano, según la doctrina del Evangelio. Hay que recordar que es un protestante el que habla: "Yo soy cristiano, no como un discípulo de los sacerdotes, sino como un discípulo de Jesucristo. Mi maestro sutilizó poco sobre el dogma é insistió mucho en los deberes; prescribe menos artículos de fe que buenas obras; manda creer lo que era necesario para ser bueno, y cuando resume la ley y los profetas, se fija más en actos de virtud que en fórmulas de creencia; por sí mismo y por sus apóstoles me ha dicho que el que ama á su hermano cumple la ley... Persuadido yo de que el que ama á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo es un verdadero cristiano, me esfuerzo por serlo, dejando á un lado todas esas sutilezas de doctrina, todos esos importantes galimatías con los que los fariseos embrollan nuestros deberes y ofuscan nuestra fe... Entiendo que lo esencial de la religión consiste en practicarla, y que no solamente hay que ser hombre de bien misericordioso y caritativo, sino que cualquiera que es verdaderamente tal cree lo bastante para salvarse... Rousseau termina esta profesión de fe con las siguientes frases dirigidas á los nuevos fariseos: "Confieso que su doctrina es mucho más cómoda que la mía y que cuesta menos colocarse en el número de los fieles por medio de opiniones que por medio de virtudes."

La religión natural de Rousseau difiere esencial-

(1) *Lettre à l'archevêque de Paris.*

mente de la religión cristiana, aun cuando ésta se reduzca á la predicación evangélica. El mismo Jesucristo dice que hay que creer en él, y por eso Locke, que redujo el elemento de fe al minimum posible, exigía para ser cristiano la creencia en Jesucristo como Mesías. La opinión de Rousseau no es esa: él no cree necesaria á la salvación ni aun la fe en Dios, de donde se desprende esta consecuencia horrible para un cristiano, que un ateo puede salvarse: "Yo creo en Dios, dice Rousseau, sin creer esa fe necesaria. Entiendo que cada cual sea juzgado, no por lo que ha creído, sino por lo que ha hecho... Los ortodoxos dicen también que se necesitan las obras, y exigen la caridad; pero pretenden que solamente la fe hace las obras meritorias. Rousseau contesta: "No creo que un sistema de doctrina sea necesario á las obras, porque lo suple la conciencia,, (1). Rousseau no cesa de predicar la inmortalidad del alma y de decir que hay un árbitro de la suerte de los humanos que en la vida futura será remunerador de los buenos y juez de los malos; quiere que se enseñe este dogma á la juventud y que se persuada de él á todos los ciudadanos, pero cuida de no hacer de él una condición de salud. En su *Nueva Eloísa* nos pinta á un hombre que no cree en la vida futura y que, sin embargo, es el modelo de un buen padre de familia y de un hombre virtuoso: "Hace el bien sin esperar recompensa, y es más virtuoso que nosotros, porque es más desinteresado; podremos compadecérle porque le falta esa fe consoladora; pero ¿habremos de creer que por eso sea castigado? No, no; la bondad, la rectitud, las costumbres, la honradez, la virtud, hé aquí lo que Dios exige y lo que recompensa, ese es el verdadero culto que Dios quiere de nosotros. Si Dios juzga la fe por las obras, ser hombre de bien es creer en él. El hombre justo es el verdadero cristiano, y los verdaderos incrédulos son los malvados,, (2).

Hé aquí la religión tal como la entiende la humanidad moderna. En vano se dirá que es la religión de Cristo; de seguro no es la religión que se llama cristiana, es la religión de Sócrates y la de Marco Aurelio más bien que la de San Pablo: es la moral. Y ni aun se puede decir que es la moral fundada en la religión, por más que ésta se reduzca

(1) *Lettre du 15 janvier 1769 à M...*

(2) *La Nouvelle Héloïse*, parte 6.

á la idea de Dios y de la inmortalidad del alma; acabamos de oír á Rousseau declarar que no es necesaria la fe en Dios y demostrarnos que el hombre puede tener todas las virtudes sin tener un átomo de fe. Los ortodoxos dirán que eso es negar y destruir toda religión; y no dicen mal, si por religión se entiende la que consiste en creer ciertos artículos de fe; pero esa es la religión del pasado; la de Rousseau se reduce á la moral natural.

En este orden de ideas, ¿qué vienen á ser las religiones positivas? Podría creerse que Rousseau las reprueba. No, y en eso se separa de los filósofos de siglo XVIII y del mismo Voltaire. Á los ojos de los libres pensadores, las religiones eran obras de mentira ó, por lo menos, de locura. Rousseau dice por el contrario: "Considero todas las religiones particulares otras tantas instituciones saludables que en cada país prescriben la manera uniforme de honrar á Dios por medio de un culto público, y todas pueden tener su razón de ser en el clima, en el gobierno, en el genio especial del pueblo ó en cualquiera otra causa local que haga la una preferir á la otra, según los tiempos y lugares; las creo todas buenas cuando se sirve en ellas á Dios convenientemente; el culto esencial es el del corazón, y Dios no rechaza el homenaje cuando es sincero, sea cualquiera la forma en que se le ofrezca,, (1). Si Rousseau se aparta de la filosofía del siglo XVIII por su respeto á la religión, se aparta tanto más de la ortodoxia cristiana. El cristianismo subordina la moral á la religión, y de ahí provino que, mediante la ambición sacerdotal, se viciara la moral. Rousseau coloca la esencia de la religión en la moral, haciendo de ésta el fin y de la religión el medio: el fin es siempre el mismo, pero los medios pueden diferir según los tiempos y los lugares. Hay más: los medios deben diferir, como difiere la educación según la edad y la aptitud de los niños. Rousseau rechaza la idea de una religión universal como una locura, y los misioneros no le parecen mucho más cuerdos que los conquistadores (2).

III

Henos aquí ya lejos del cristianismo tradicional, y aun no hemos llegado al fin. Rousseau ab-

(1) *Profession de foi du vicairé savoyard (Émile, lib. IV).*

(2) *Lettre à M. de Beaumont.*

sorbe la religión en la moral; pero ¿cuál es su moral? ¿Es la ortodoxa? ¿Es al menos la moral evangélica? Si se toma al pie de la letra el entusiasmo de Rousseau por la santidad del Evangelio, hay que decir que es cristiano en el sentido de que se atiene á la *buen nueva* predicada por Jesucristo. Pero no es así; no sostiene la moral cristiana sino en cuanto está de acuerdo con la ley natural. Un espiritualismo exagerado es lo que caracteriza la predicación evangélica, y Rousseau no quiere ese espiritualismo del cual hace una viva crítica. Detengámonos algo en este punto, que es capital. No se cesa de repetir que la moral del Evangelio es un ideal que no hubiera podido concebir el hombre con las solas fuerzas de su naturaleza, y se repite asimismo que los filósofos del siglo XVIII han tomado ó plagiado su moral del cristianismo. Pues hé aquí uno de esos filósofos, el único que se ha llamado cristiano, y á quien no se le acusará de haber rebajado el Evangelio; pero cuando Rousseau deja aparte el sentimiento para interrogar á la razón, su parecer es ya diverso, y se ve obligado á confesar que la pretendida perfección del Evangelio es demasiado perfecta, lo que equivale á decir que es un falso ideal.

El cristianismo es una religión del otro mundo, el cual es el reverso, ó, mejor dicho, la negación de este mundo, ó sea de la vida real. ¿Cómo conciliar la religión cristiana con la realidad? Imposible, porque la antinomia es absoluta. De ahí resultan consecuencias que la razón no puede aceptar y que prueban que es falso el principio mismo, ó sea la moral tan perfecta y tan decantada. Los que toman por lo serio el espiritualismo cristiano desertan de la vida y se van á encerrar en un claustro: hé ahí adónde conduce el famoso ideal del Evangelio, al monaquismo. Rousseau no se digna ni aun hablar de él; el monaquismo estaba en completa decadencia, y los mismos frailes no creían ya en su pretendida perfección; aspiraban á dejar sus tumbas para entrar en la verdadera vida. Pero Rousseau, al trazar las leyes que deben regir las sociedades civiles, tuvo que examinar cuál era la influencia del cristianismo en la vida política; y entusiasta como era de la idea de patria, de ciudad y de Estado, procura averiguar si la religión es el fundamento de la sociedad y si eso es aplicable al cristianismo.

¿Cómo había de dar el cristianismo fuerza al

vínculo social, cuando no tiene relación con el cuerpo político? Bien lejos de ligar los creyentes al Estado, la religión cristiana los desliga de él como de todas las cosas de la tierra. "No conozco nada más contrario al espíritu social", dice Rousseau. Y lo que dice Rousseau del cristianismo en sus relaciones con la sociedad, es la expresión exacta de la verdad, aun cuando tiene la apariencia de una caricatura: "El cristianismo es una religión del todo espiritual que se ocupa exclusivamente de las cosas del cielo; la patria del cristiano no está en este mundo; cumple con su deber, es cierto, pero lo hace con una completa indiferencia respecto al buen ó mal éxito de sus trabajos; con tal que no tenga nada que reprocharse, le importa poco que todo vaya bien ó mal aquí abajo. Si el Estado prospera, apenas se atreve á gozar de la felicidad pública, temiendo enorgullecerse con la gloria de su país; y si el Estado decae, bendice la mano de Dios, que se hace sentir sobre su pueblo."

Bayle había ya notado la contradicción insoluble que existe entre el cristianismo y las exigencias de la vida real. Montesquieu le respondió haciendo un magnífico elogio del cristianismo; pero el ilustre autor de *El espíritu de las leyes* ensalzaba lo que no conocía bastante. Rousseau se encargó de poner la verdad en su lugar: "Se nos dice que un pueblo de verdaderos cristianos formaría la sociedad más perfecta que imaginarse puede; no encuentro á esa hipótesis más que una grande dificultad, la de que una sociedad de verdaderos cristianos ya no sería una sociedad de hombres...," ¿Es decir, que sería una sociedad de ángeles? Rousseau se apresura á añadir: "Que esa supuesta sociedad con toda su perfección no sería ni la más fuerte ni la más duradera; su vicio destructor estaría en su misma perfección...". Con ese rasgo se burla Juan Jacobo del cristianismo: ¡Singular perfección aquella que contiene el germen de una incomparable imperfección! Veamos en la práctica esa sociedad tan perfecta; por el fruto conoceremos el árbol.

Para que se mantuviese una sociedad cristiana sería menester, por de pronto, que todos los ciudadanos, sin excepción, fuesen buenos cristianos. Esta suposición nos lleva ya á un mundo imaginario é imposible: ¿no se sabe que son muchos los llamados y pocos los escogidos? Son siempre muy pocos los verdaderos cristianos, por lo mis-

mo que forman la ciudad de Dios en medio de un mundo dominado por Satanás. Tal es la realidad. Y no es desacreditar la sociedad cristiana el suponer con Rousseau que si se encuentra en ella un ambicioso, un hipócrita, un Catilina, por ejemplo, ó un Cromwell, no tardará en dar cuenta de sus piadosos compatriotas. "Tan luego como haya encontrado por arte de alguna astucia el medio de imponerse y de apoderarse de la autoridad pública, ya tendremos un hombre constituido en dignidad: Dios quiere que se le respete. Bien pronto llegará á ser un poder: Dios quiere que se le obedezca. ¿Llega á abusar de su poder? pues es la vara con que Dios castiga á sus hijos, y se haría caso de conciencia expulsar al usurpador... Después de todo, ¿qué importa que uno sea libre ó esclavo en este valle de lágrimas? Lo esencial es ganar la gloria, y la resignación es un medio más para ello."

La crítica es perfecta y se parece mucho á una sátira. Pero que se nos diga dónde está la exageración. Rousseau no hace más que dar á sus cristianos los sentimientos y las ideas de la perfección evangélica: ¿de qué se podrían quejar? Pero no es eso todo: el mundo no se compone enteramente de buenos cristianos; hay cismáticos y herejes y hay también infieles; sería difícil que entre ellos no hubiese guerra; ¿y qué harían los perfectos cristianos? Podía decirse con Bayle que no se defenderían, que pondrían la mejilla izquierda cuando se les hubiera golpeado en la derecha; pero Rousseau no va tan allá: quiere suponer que los ciudadanos cristianos marcharían al combate sin esfuerzo y cumplirían su deber; pero que no lo harían con entusiasmo por la victoria, puesto que saben mejor morir que vencer. "El ser vencidos ó vencedores, ¿qué importa? ¿No sabe la Providencia mejor que ellos lo que les conviene? Poned frente de ellos á esos pueblos generosos á quienes devoraba el ardiente amor de la gloria y de la patria. Suponed á vuestra república cristiana enfrente de Esparta ó de Roma, y los piadosos cristianos serán batidos, arrollados y destrozados... El juramento que prestaron los soldados de Fabio era, á mi juicio, un bello juramento; no juraron morir ó vencer, juraron volver vencedores, y cumplieron su juramento. Los cristianos no hubiesen hecho nunca semejante cosa; hubieran creído tentar á Dios."

Rousseau es entusiasta de Esparta y de Roma,

y la república es su ideal. ¿Qué juzga el cristianismo de las formas de gobierno y de la libertad de los ciudadanos? Juan Jacobo acaba de pronunciar la palabra *república cristiana* y se retracta de ello: una de esas palabras, dice, excluye á la otra: "El cristianismo no predica más que servidumbre y dependencia, y su espíritu es sobrado favorable á la tiranía para que ésta no se aproveche de él. Los verdaderos cristianos están hechos para ser esclavos; y como lo saben, se afectan poco por ello. Esta corta vida tiene poco precio para ellos," (1). Los defensores del cristianismo dirán que esto es calumniarlos; pero esto no probaría otra cosa que no son cristianos más que de nombre. Rousseau conocía perfectamente el cristianismo cuando escribía: "El que no se preocupa más que de su salvación no hará nunca cosa alguna grande en este mundo," (2). Y adviértase que Rousseau se coloca siempre bajo el punto de vista del cristianismo evangélico; adviértase que es la religión de Jesucristo en su ideal de perfección la que, según él, destruye la sociedad, haciendo á los hombres indiferentes á la libertad y á la patria. ¿Qué no sería si considerásemos el catolicismo, que se jacta de ser el único heredero legítimo del divino maestro?

"Hay una secta extraña, dice Rousseau, que da á los hombres dos legislaciones, dos jefes y dos patrias; que los somete á deberes contradictorios y les impide el que sean á la vez devotos y ciudadanos. Tal es la religión de los Lamas, tal es la de los Japoneses, y tal es el cristianismo romano, al cual se puede llamar la religión del sacerdocio. De esto resulta una especie de derecho mixto é insociable que no tiene nombre; y es tan evidentemente malo, que sería perder el tiempo entretenerse á demostrarlo. Todo lo que rompe la unidad social no vale nada, y todas las instituciones sociales que ponen al hombre en contradicción consigo mismo valen mucho menos... La crítica es dura, pero es justa; y diré más: Rousseau se queda todavía corto; supone que los católicos pueden tener una patria civil, que son ciudadanos y que obedecen las leyes; y semejantes suposiciones, tratándose de verdaderos católicos, son gratuitas. El verdadero católico, el católico ultramontano, no tiene más

que una patria, que es Roma, ni conoce más que una ley, que es la de la Iglesia. Cuando surge un conflicto, sabe que es menester obedecer á Dios antes que á los hombres, y para él Dios es el papa. Y aquí ya no se trata de la teoría, sino de la realidad palpante. Por efecto de la reacción que viene fatalmente después de los movimientos revolucionarios, el ultramontanismo ha invadido todos los países católicos, y entre la Iglesia y el Estado se ha encendido una guerra universal, osada y abierta en unas partes, sorda y subterránea en otras; esa es la anarquía tan bien pintada por Rousseau: el sacerdote mandando en nombre de Dios que se obedezca al legislador civil; es preciso que el Estado ceda ó que la Iglesia abdique; y como el Estado no puede ceder, sea la que quiera la debilidad ó la connivencia de los que están á su cabeza, porque cediendo se suicidaría, es indispensable que la Iglesia sea la que se debilite. Por poca fuerza que el Estado tenga, la Iglesia se guarda bien de resistirle de frente; pero no basta esto, porque cuando no puede hacer guerra abierta al Estado, se la hace por medio del fraude, lo cual no hace más que añadir un nuevo elemento de disolución. En tal caso no hay para la sociedad más que un camino de salvación, el de que el cristianismo histórico se transforme. Tal es la conclusión lógica de la doctrina de Rousseau, por más que no la haya formulado.

IV

¡Cosa extraña! Esa misma guerra intestina que el cristianismo lleva al seno de la sociedad existía en los sentimientos y en las ideas mismas de Rousseau: luchan en él el cristiano y el ciudadano. Escribe el arzobispo de París, y dice que es cristiano; hace un elogio entusiasta del Evangelio, diciendo que el que le ha inspirado debía ser más que un hombre. Habla en él el sentimiento, y dice que procura nutrir su corazón con el espíritu del Evangelio, sin atormentar su razón con lo que le parece oscuro. Pero por más que haga, hay una razón que no se aviene con esas oscuridades que se llaman misterios, milagros y cosas sobrenaturales: nacen dudas, y confiesa que él no tiene esa fe robusta que encuentra la evidencia en la revelación. ¿Por qué continúa entonces afiliado á una religión que su inteligencia rechaza? "Porque su co-

(1) *Contrato social*, lib. IV, c. VIII.

(2) *Lettre du 15 juillet 1763 à Usteri, professeur à Zurich.*